

El hombre que amaba a los niños



Sí, ya sé que puede parecer una recomendación extraña para los tiempos que corren.

Ahora que las casetas toman al asalto el parque del Retiro de Madrid un año más, para abrigar con libros el hielo repentino de este verano que el miedo y la incertidumbre harán más sofocante que el calor, parecería más lógico optar por la ligereza de algún relato chistoso, o por la sonrosada espuma del *glamour* encuadernado. Ahora que, de nuevo, casi todo el mundo publica una novela, y las efímeras estrellas de los televisores convocan tumultos de adolescentes histéricas que corren en tropel, teléfono en mano, a hacerse fotos con unos o con otras, podrían hallar ustedes libros mucho más agradables, refrescantes, divertidos, tan originales como la deconstrucción de una tortilla de patatas. En la era de Twitter, donde la instantaneidad se ha convertido en el valor supremo del mensaje, donde la brevedad se erige en el principal ingrediente de la brillantez y conceptos como la reflexión, los matices, la sutileza o la densidad del pensamiento quedan descartados por un inflexible corsé de 140 caracteres y ni uno más, no cabe la historia de Louise Pollit, una adolescente fea y gorda, con granos en la cara, dos muslos carnosos, imponentes, el pelo pajizo, sin gracia, y las medias siempre rotas. Y sin embargo, en ella está la verdad y toda la verdad, la amargura y el dolor, el estupor y la crueldad, el desvalimiento y el amor de este mundo.

CUANDO SE PUBLICÓ ESTE VOLUMEN de setecientas páginas, tampoco existía Facebook, pero ni siquiera eso habría cambiado las cosas. En 1940 nadie quiere ser amigo de Louie, el grasiento desastre de trece años que no ha heredado nada bueno del simpatiquísimo encantador de serpientes al que tiene por padre, y aspira en vano al favor de su madrastra, la mujer que le ha enseñado a odiar. Ese es el deporte, el pasatiempo predilecto de la familia Pollit. Igual que otras parejas se fundan en el amor, Sam y Henny construyen una gran familia usando el odio como piedra y argamasa. Así van edificando, poco a poco, el pequeño, despiadado infierno doméstico donde transcurren sus vidas y las de sus siete hijos, a los que ambos adiestran, cada uno a su manera, para que odien a su cónyuge sobre todas las cosas. Sam, un naturalista de brillante porvenir, maquinador incesante de grandes proyectos filantrópicos que asegurarían la felicidad del género humano a costa de eliminar al

noventa por ciento de sus miembros en cámaras de gas -la primera edición de esta novela, repito, es de 1940-, les declara continuamente su amor mientras les obliga a trabajar por su propio bien. Mago del chiste y del retruécano, cariñoso hasta el empacho, peligroso y cruel, usa a los niños como ariete para embestir contra su esposa, Henny, la mujer frágil y egoísta, desorientada e inútil, que ha resultado de la niña mimada de un hombre rico, poderoso y bien relacionado, que se olvidó de ella en su testamento. En medio, Louie se ocupa de la casa, cocina y cuida de sus hermanos pequeños, soporta estoicamente las almiaradas burlas de su padre y el desprecio feroz de su madrastra, e intenta por todos los medios que alguien la quiera, aunque sólo sea un poco, alguna vez. Nunca lo consigue. Lee muchísimo.

“No es una historia agradable. Pero sí un retrato fiel de ustedes mismos, una proeza, un milagro”

YA SÉ QUE NO SUENA BIEN. No es, ya se lo advertí al principio, una historia agradable. Es escalofriante, terrorífica, triste, afilada como un cuchillo, y uno de los retratos más extraordinarios de las miserias del alma humana que se hayan escrito jamás. Su autora, la australiana Christina Stead, confesó que se trata de un relato inspirado en su propia infancia, pero no se equivoquen. *El hombre que amaba a los niños*

es literatura con mayúsculas, un grandioso, denso espejo del mundo, pleno de matices, de sutileza, de inteligencia y de compasión por la desgracia humana. Es, en definitiva, una prueba irrefutable de que la literatura no morirá jamás.

Considerada una obra clásica en el ámbito anglosajón, esta novela había permanecido inédita en España hasta 2011, seguramente por la endiablada complejidad de su traducción. La que publicó Pre-Textos hace un año es de Silvia Barbero, y es excelente. Les podría contar muchas más cosas de este libro, pero las resumiré en una sola. Cuando lo leí, recobré la pasión devoradora de la adolescente que decidió ser escritora leyendo novelas como ésta, obras monumentales, asombrosas, poderosísimas, capaces de herir y de curarla, de convertir a sus lectores en personas mejores y distintas.

Por eso, cuando busquen lectura para el terrible verano que nos espera, denle una oportunidad a la literatura y atrevanse a mirarse en el espejo de Louise Pollit. No hallarán en ella una imagen complaciente de ustedes mismos, pero sí un retrato fiel, un tapiz tejido con los hilos de su propio espíritu, una proeza, un milagro, un libro que no olvidarán jamás. ●

Fotografía de Mariana Eliano